

CLEPTOCRACIA

Las autobendecidas Ciencias Políticas *-pretenden ser conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales (RAE)-* pueden en ocasiones, aunque cuando no gustan no lo hagan, aplicar métodos de ciencia empírica, “dura” estadística o incluso matemáticamente. A la vez que se proclaman ciencia, prefieren afirmar que la corrupción es una decisión personal, no sistémica.

Son matemáticas: en *Teoría de Juegos* si un conjunto de participantes es libre de actuar según las reglas en base al presupuesto de que ninguno va a hacer trampas, quien las haga tendrá ventaja contra quien no las haga. Si el riesgo de penalización es menor que la ganancia obtenida, aplica la *Tragedia de los Comunes*, por la que siempre acabará apareciendo un “*free rider*”, que son maneras formales de decir que con suficiente tiempo habrá un número de partidas susceptible de ser tratadas estadísticamente y tiene ventaja el que más trampas haga si es poco probable y/o poco penalizado ser descubierto. Lo hacemos todos, si el coste/riesgo de ser pillado es menor que el beneficio, las cuestiones morales aplicarán en un porcentaje todo lo alto que se quiera, pero siempre aparecerá la minoría que tome ventaja, nosotros mismos justificaremos nuestros actos cambiando la propia moralidad si se incrementan las opciones de obtener privilegios y poder. En la partidocracia la ganancia se traduce en escalafón en los cargos, los enchufes, las prebendas, dietas, consolidación de nivel salarial,... lo que sea, aunque se considere de individuo honrado estar bien ubicado en las listas electorales corruptas y formalmente ser elegido por recomendación -listas abiertas-, o imposición -listas cerradas-.

Por otra parte, en un conjunto de partidas en la que se obtenga un beneficio, medrarán los “leales”, arrastrando el vencedor a los cómplices de la partida en el reparto del botín (ahí deberíamos aplicar la *Teoría de Juegos* a decisiones condicionadas por alianzas entre jugadores, como en el Mús o el Truc, complicando algo las fórmulas pero no los resultados). Como ya demostrara *Nash*, las alianzas tenderán entonces a la bipolaridad. Los trileros actúan en grupo y la ganancia se reparte entre el que mueve las cartas, los apostadores infiltrados, los vigías,... Después de suficientes partidas, es inevitable que cualquier estructura piramidal en la que el riesgo/coste de no ser transparente u honrado, sea menor que el beneficio de reporta, la pirámide se construirá según una gradación estadística de su corruptibilidad y complicidad con ella. Es más, al ser tanto más capaces de editar las reglas cuanto más arriba se juegue, cuanto más antigua, mayor y más “*top-to-down*” sea la estructura, las normas cambiarán a favor de las trampas y lealtades, y la complicidad implica sostener la virtualidad de arriba-abajo sin cuestionarla en un proceso que se retroalimenta a si mismo alejándose de la realidad, incluso desde su inicial esencia e intención noble. Las reglas son inevitables sea cual sea la ideología y ética. Desde Iglesias a ONG's.

Los casinos tienen derecho de admisión, listas negras, cámaras de vigilancia, controles por mesa, reconocimiento de caras, identificación de patrones,... la democracia en cambio se asienta sobre el Estado de Derecho y la vigilancia mutua entre poderes independientes. Los modos que tenemos de modular ese comportamiento están implícitos en la propia definición: riesgo y coste de la penalización; valor, duración y estabilidad del beneficio; árbitro y normas “*down-to-top*” para determinar los ganadores; secreto en las votaciones, lo que también sirve para disminuir el beneficio de la complicidad y lealtad -clientelismo-. Quien permanece honradamente en una estructura que haya tenido tiempo suficiente como para que estadísticamente se hayan producido las partidas suficientes que encumbren a tramposos, leales que miran a otro lado, pelotas que medran apuntalando la virtualidad de quien los arrastra como clientes (tramposos de mala calidad) y mediocres (cómplices que no se enteran), que acaben cambiando las reglas del juego a su favor (trampas legales), es cómplice de los actos de la estructura. La partidocracia se corrompe, perpetúa y protege a si misma facilitando el fin último de la carrera política: mantenerse en el poder, alejándose inevitablemente de la realidad. De nada sirve el intencionismo, el voluntarismo o la

honradez, si no hay reglas y árbitros independientes de los vencedores, si no hay cota en el número de partidas del juego, si la responsabilidad es limitada, si la decisión no se deposita plenamente en los espectadores, si el reparto se hace según normas ajustables por quien reparte las cartas, si cada jugador está tan pendiente de averiguar las cartas de los demás como de confundir a los demás de cual es su mano; sean monjas, ecologistas, “brokers” de Bolsa, periodistas, tribus de chimpancés, bandadas de arenques o cultivos bacterianos. Ecología en sentido amplio... y matemáticas.

Ya no es solo la escrupulosa y tan atacada independencia de los poderes políticos para que se vigilen mutuamente -el legislativo y el ejecutivo ya casi no se distinguen, a su vez nombran al judicial y al financiero, y clientelizan a los medios- sino la necesidad de que las normas de funcionamiento de cada poder sean determinadas bien por un poder superior -sea presidencial o monárquico-, bien por los otros poderes realmente independientes, bien por un nuevo poder arbitral y controlador distinto, pero nunca las reglas del juego las pueden definir los propios jugadores en función de su éxito en el juego, pues las modificarán para perpetuarse. Jugar de farol, -ocultar, amagar, engañar-, contar cartas -incluso con sofisticados algoritmos demoscópicos-, establecer alianzas entre jugadores, pueden no ser consideradas trampas en un juego, depende de las normas, pero ¿debe aceptar la Democracia cualquier norma de juego? El Pueblo ha demostrado ser cliente vocacional -consumidor- incapaz de ejercer su función exigente ante las normas del juego y punitiva ante los tramposos. Nuestros representantes nos representan porque son como nosotros mismos.

La calidad democrática la definen sus normas, no sus palabras, no sus intenciones, no sus gestos y fastos: leyes electorales -eligiendo a conveniencia las reglas del juego repartiendo distinta cantidad de fichas según el jugador-; leyes de partidos y transparencia -a unos cartas descubiertas y a otros cubiertas según las fichas disponibles para apostar-; reglamentos parlamentarios -cambiando el turno y el valor de cada juego según se reparten y vean las cartas-; controles a la corrupción, aforamientos, penas y castigos previstos (bien pudiera ser la corrupción política agravante) -cartas en la manga sin demasiadas consecuencias-; sistemas de perversión del principio de un hombre un voto, (circunscripciones, compromisarios,...) -repartiendo distinto número de cartas a distintos jugadores-; privilegios de tribu, casta y clan -aplicando comodines según el jugador-; listas cerradas -cambios de mano cuando el reparto de cartas no ha sido afortunado-; separación real de poderes -señales y cartas marcadas-; subvenciones -regulando la banca quien puede apostar y cuanto-; independencia del cuarto -medios- y quinto -financiero- poderes (mirando las cartas de los demás jugadores); leyes de educativas para dar mas títulos a mejores ignorantes -juegos de reglas complejas jugados por novatos-; leyes (y plazos) judiciales -para que denunciar al tramposo sea costoso en esfuerzo y tiempo-;... ¿Ganará un juego así el más honrado, el mejor jugador, el que tenga más suerte? Un político, un religioso, un administrador de una entidad sin ánimo de lucro,... sin ambición, con ánimo de trabajar para sus electores, paisanos, perjudicados, creyentes,... podrá ganar unas pocas partidas si está en el lugar adecuado en el momento preciso -si es afortunado en la mano-, pero a la larga, o se sale o lo echan.

El que parte y reparte se lleva la mejor parte, pero somos todos nosotros quienes nombramos a quien legisla las normas del juego y a quien ejecuta su papel de banca, quienes queremos creer que es posible hacer saltar la banca, quienes votamos a quien creemos nos va a beneficiar como clientes y consumidores en su apuesta, o con el jugador con quien más nos identificamos (como si ser lo más parecido a cada uno de nosotros mismos fuera un valor para gestionar mejor la manga), quienes publicamos nuestro voto para ser con ello premiados por adscripción a la alianza vencedora. No votamos a quien nos ofrece el juego limpio pues jugamos sucio, pero nos encanta desfogarnos insultando al árbitro. Los individuos honrados no solventan un sistema corrupto. La pregunta es: una vez queda demostrado como inevitablemente corrupto, ¿no habría que cambiar el sistema?

¡Es una estafa piramidal legal e institucional! El inmovilismo de la Constitución, de las leyes

electorales, de la de partidos, de transparencia, de Función Pública (designaciones y empresas), de nombramientos del poder judicial, financiero, o ejecutivo, los reglamentos de mayorías representativas,... es causa del argumento de la gobernabilidad y así excusa para no profundizar en otros modelos actualizados al nivel de una Sociedad 2.0. ¿por qué no prescindir de los partidos, de las organizaciones, de las curias, nomenclaturas,... en aras de individuos que actúen bajo su personal responsabilidad ante sus representados, estén o no homologados por un lobby de trileros interesados en perpetuar la mediocridad que lo que mejor representa es la mediocridad de sus representados? Los tramposos votamos a “nuestros” tramposos.

Nuestra curiosa especie vive pronosticando una virtualidad que al devenir, si no se ajusta a la teoría, se resiste con furia a aceptar. Pecado es mentir pero a la vez votamos a quien mejor nos miente, a quien mejor justifica la virtualidad que deseamos. El mejor mentiroso, quien con mejor jugada argumenta lo que queremos oír, es quien mejor currículum de tramposo tiene en el juego de las sillas y será probablemente el más votado. Al fin y al cabo también votamos para tener a quien culpar de nuestro espejismo.

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>